

la Plaza, a cuya otra banda esta la Catedral, do aviamos dado gracias a Dios”.

Cuando el nuevo Capitán General llega a la capital guatemalteca, don Sancho incluye una descripción muy viva de las decoraciones hechas con motivo del recibimiento al nuevo oficial: “Inusitado movimiento reynaba en la ciudad. Avian hecho desocupar de toldos y tenduchos la plaza de Mercado, alfombrandola de muy olorosas agujetas de pino; diestros carpinteros alzavan en sus quatro esquinas arcos triunfales y frente al caseron, que era el Palacio de Gobierno, el tinglado muy vistoso. Remendavase con jaharros y enluzimientos las resquebraduras de la fachada de la Catedral, y davase cal a sus paredes por que resplandecieran al sol. Por todas partes, previo el adorno, los vezinos enjalbegavan sus casas y otros las pintaban con calidos coloridos. Gentes de todas categorias y razas transitaban las calles; abundavan frayles que con embobados ojos veian los preparativos de fiesta. En la baraunda que armavan las voces e gritos, el martilleo, las risas y las discusiones, competian las porfiadas campanas de algun convento”.

Pasajes como estos le dan valor e interés al libro. En cuanto al enredo, hay muy poco. Esta es más bien una historia novelada que una novela histórica. Por ello la señorita Hall ha puesto al final de la obra un apéndice de unas veintidós páginas de notas, dando así a conocer los documentos en que fundó sus afirmaciones, y por ello también se ve que este tomo no llamará tanto la atención del lector que quiera escaparse de la realidad de la vida, como la del que quiera informarse de la vida colonial guatemalteca. Lo cual no quita, sin embargo, que haya anécdotas interesantes como la de La Sin Ventura, doña Beatriz de la Cueva, etc. Considerada en conjunto, esta parte de la trilogía de don Sancho Alvarez de Asturias logra importancia como documento, por la buena reconstrucción de una parte del pasado histórico guatemalteco.

J. CHALMERS HERMAN,
Tulane University.

ANTONIO R. MANZOR, *Antología del cuento hispanoamericano*.—Santiago de Chile, Zig-Zag, 1940. 282 pp.

Si hay duda de que la América Latina no es una unidad espiritual, la reciente y admirable antología de cuentos colectados por el joven crítico chileno, Antonio Manzor, la va a resolver. A pesar de estar todos escritos en español, encontramos en ellos variaciones en el estilo, en el vocabulario, y distintos puntos de vista. Esto prueba la rica variedad de escenas, temas y talentos que existen al sur del Río Grande.

El prólogo de la antología, escrito por Víctor Domingo Silva, indica que un cuento con base histórica no puede ser clasificado como tal. Por eso, aquí no se ha incluido ningún cuento de Ricardo Palma, aunque su hija Angélica está representada por el relato fantástico "Ojos de Lina".

Pocos entre los autores incluídos nacieron antes de 1880, y más de la tercera parte son del siglo XX.

El tomo empieza, por orden alfabético, con doce cuentos de la Argentina. "Fray Mocho" tiene el primer puesto con su cuento realista "La caza del cóndor", seguido de una emocionante descripción de un incendio en la pampa, "El diablo en Pago Chico", por Roberto Payró. También vale la pena la historia de una superstición, "Al rescoldo", de Ricardo Güiraldes.

Pasando a la oferta literaria de Bolivia, leemos un episodio de la vida de los rapazuolos de los barrios bajos, por Juan Francisco Bedregal, y un capítulo de "Sangre de mestizo", de Céspedes.

De la América Central tenemos diez ejemplares, incluyendo una pintura fiel de la abnegación de una muchacha, dibujada por el diplomático cubano Hernández Catá, que acaba de morir, y "Juan Barrabás", por el conocido escritor guatemalteco Carlos Wyld Ospina.

Hay doce que representan a Chile, entre ellos un cuento de la pampa por Víctor Domingo Silva, otro sobresaliente por Mariano Latorre llamado "Sangre de cristiano", y otros por los mejores cultivadores del género en el país, incluyendo a Marta Brunet y a Manuel Rojas, cuyo "Vaso de leche" está lleno de emoción.

Aparecen dos paraguayos: "Apuro-pe manté", por Teresa Lamas, que salió antes en una traducción en *Inter-América*.

El otro escritor importante del Paraguay, Eloy Fariña Núñez, nos ofrece el desarrollo de la vida de un pequeñuelo en "Bucles de oro".

Según el editor, Enrique López Albújar —cuyo cuento "Los tres jurcas" (cerros) empieza la sección peruana— es el narrador más auténtico del Perú, mientras que Abraham Valdelomar —autor de "El hipocampo de oro"— es su mejor cuentista. Sin embargo, yo prefiero el cuadro impresionante de amor y de venganza descrito en "El alfiler", obra de Ventura García Calderón.

De los cinco cuentos del Uruguay, menciono "Los mensú", por Quiroga, y "La última campaña", de Javier de Viana, que nos presenta el Coronel Matas.

El libro termina con tres cuentos venezolanos que impresionan grandemente al lector.

En la *Antología* cada cuento empieza con una breve biografía del autor, como orientación para quienes quieran leer más producciones de

los escritores que les interesen; y también un vocabulario de ciento cincuenta americanismos usados en ella.

Este libro debe ser otro vínculo de unión entre los países hispanoamericanos. Al terminarlo, el editor promete para más tarde una nueva serie de cuentos en otra antología. La buena acogida que ha tenido esta acertada recopilación debe animar al editor en su tarea cultural y panamericana.

MARIANO PICÓN-SALAS, editor, *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*. (Biblioteca venezolana de cultura).—Caracas, Empresa El Cojo, 1940. vi + 349 pp. 2.50 bs.

Con un entusiasmo raro entre los gobiernos hispanoamericanos, el de Venezuela, por medio de su Ministerio de Educación Nacional, está publicando una historia cultural de ese país.

Ya hemos tenido muestras de la producción venezolana en la poesía y en el cuento. Ahora, bajo la dirección del historiador y profesor de literatura Mariano Picón-Salas, quien los ha escogido, podemos estudiar cincuenta y siete cuadros de costumbres escritos por diecinueve autores en una colección que cubre un período de setenta años de la evolución social de Venezuela.

Según el editor, el costumbrismo es la primera etapa del desarrollo de la prosa de su país, y ya hemos visto que, al contrario de lo sucedido en España —donde la novela moderna nació de las obras de los costumbristas—, en Hispanoamérica los novelistas no han progresado mucho en este sentido. Lo defectuoso de muchas novelas de nuestros vecinos del Sur es su carácter episódico.

Esta antología se divide en cuatro partes, que corresponden a otros tantos períodos. En la primera, varios políticos y científicos describen su vida y la diferencia entre los ideales de los hombres cultos y la gente primitiva y desorganizada. El primer trozo, por ejemplo, es la descripción de un viaje hecho de La Guaira a Caracas por don Manuel Cagical. La capital, en pleno carnaval, lo recibió dándole con un huevo en el ojo!

Hay cuatro representantes de la primera época. Uno solo, Daniel Mendoza, representa la segunda (1848-64) con tres artículos. Siendo llanero, describe la visita del llanero Palmarote a Caracas, con sus muchas preguntas. Se queja de que los extranjeros "bengan aquí a yevarse los riales". Pero el autor explica que los de afuera emplean gran número de obreros del país y además de producir riqueza para Venezuela, "sirven de estrechar los lazos de nuestra República con las distintas naciones a que ellos pertenecen". Tienen un eco de las palabras de hoy día. Los otros cuadros de esta época describen sus costumbres.